



09 de mayo de 2011

Loredana Stan

Asistente de investigación
Instituto Ramón Rubial



Identidad Europea, Crisis Económica y nuevos Estados miembros, el caso de Rumanía

La autora analiza la construcción de la identidad europea en épocas de crisis, con un breve apunte sobre la situación de Rumanía como país recientemente incorporado a la UE.

Los Identidad Europea y crisis económica

Los tópicos relacionados con la identidad europea han dejado de ser de primera importancia para la agenda europea en los últimos años. La crisis económica y los problemas de la zona del Euro han monopolizado la escena política, social y mediática. Sin embargo, estos problemas económicos no pasan sin dejar rastro en el engranaje político formado por 27 elementos que es la Unión Europea.

La identidad Europea ha sido siempre un tema controvertido, ya que tanto políticos, como medios académicos y de comunicación no han llegado nunca a un acuerdo general con respecto a lo que representa la identidad Europea y como se estructura, o, si se debe hacer una diferenciación entre una identidad europea y una identidad de la Unión Europea. Sin lugar a dudas, el proceso de construcción de la identidad europea es muy complejo e implica mucho más que la necesidad irracional de pertenencia a un grupo.

En el contexto de la Unión Europea, esta necesidad irracional de pertenencia a una comunidad se traduce en la necesidad o el deseo de compartir unos valores determinados: libertad individual, dignidad del ser humano, estado de derecho, participación activa de los ciudadanos, justicia social, paz, etc., a pesar de que algunos autores tienen dudas sobre hasta qué punto estos “valores” representan la característica distintiva de la UE. Por otra parte, si lo hicieran, son tan generales que es muy difícil transponerlas en las bases del proceso de construcción de la identidad europea” (Kotthoff, Moutsios: 2007: 131).





09 de mayo de 2011

Loredana Stan

Asistente de investigación
Instituto Ramón Rubial



Antes de 1989, la comunidad europea había construido su identidad en clara oposición a lo que estaba pasando tras la otra parte del Muro de Berlín. La existencia de dos Europas, intrínsecamente diferentes, proporcionaba consistencia al proceso de integración europea. Parecía fácil introducir en la mentalidad colectiva esa oposición entre “nosotros”, democracias desarrolladas, respetuosas de los derechos y libertades de las personas, y “ellos”, regímenes totalitarios, en los que valores como la igualdad, la libertad o el respeto de los derechos civiles y políticos básicos eran prácticamente inexistentes en la realidad cotidiana.

La caída del Muro de Berlín no determinó solamente la caída del comunismo, sino también la postración de la sustantividad de la identidad europea, tal y como la conocíamos antes. La construcción incompatible “nosotros” vs. “ellos” se vació de contenido pues de repente, “ellos” se convirtieron en “nosotros”. La sustancia de lo que hoy conocemos como “nosotros” viene dada por la **ciudadanía europea**. Esta ciudadanía engloba, muchos beneficios, pero también, nos guste o no reconocerlo, muchas incongruencias que producen una cierta reticencia y un cierto rechazo por parte de algunos Estados miembros a la hora de reconocer una identidad europea universal para todos ellos. De esta manera parece que estamos presenciando una especie de duplicidad en los discursos nacionales sobre la Unión Europea, determinada por el hecho de que por una parte, los representantes de los Estados miembros son los promotores de los valores fundamentales de la Unión Europea, como la cooperación y la cohesión dentro del espacio comunitario, pero por otra parte, a la hora de actuar en concordancia con su discursos, son muchos los que se echan para atrás.

En paralelo, se da una situación inversa: antes de la crisis económica la Unión Europea era más una apuesta política que social, mientras que ahora, los ciudadanos europeos parecen confiar más en la Unión y sus acciones para recuperar el crecimiento de las economías europeas que en los gobiernos nacionales. La recesión económica que ha afectado principalmente a los nuevos Estados miembros junto con el colapso de las economías griega e irlandesa han sembrado la duda en ciertas esferas académicas y políticas sobre la factibilidad de la Unión Europea. Sin embargo, el último Euro-barómetro sugiere un mayor apoyo por parte de los ciudadanos europeos respecto a una mayor contribución activa de las instituciones europeas para paliar los efectos de la crisis.

Aún cuando se manejan muchas interpretaciones contradictorias del último Euro-barómetro, algunas haciendo referencia a una pérdida de confianza, los resultados muestran que los ciudadanos de los Estados miembros quieren que la UE juegue un papel importante en las políticas post crisis, ya que consideran que la Unión es, junto con los gobiernos nacionales, el nivel más efectivo para luchar en





09 de mayo de 2011

Loredana Stan

Asistente de investigación
Instituto Ramón Rubial



contra de los efectos de la crisis económica. En términos normativos, la Unión Europea engloba los valores de humanismo, democracia y paz que son también los valores comunes de los ciudadanos europeos (Euro-barómetro 72: 2010). El 75% de los ciudadanos europeos quieren “más Europa” y por tanto confían que una acción coordinada de todos los Estados miembros ayudará a capear la tormenta económica. Por tanto, los ciudadanos europeos parecen otorgar su voto de confianza a la capacidad de la UE para actuar en este contexto de desafíos económicos. Pero la pregunta es si los gobiernos nacionales están preparados para hacerlo también.

Enfocando el tema de los valores europeos, Carlos Taibo considera que no es apropiado hablar de una crisis sino de varias. En concreto el autor en su libro *Su crisis y la nuestra* (Taibo: 2009) hace referencia a otras tres posibles crisis que se dan a la vez que la económica: el cambio climático; el agotamiento inevitable y el aumento de los precios de las materias primas y, por último, la profundización de la brecha de crecimiento entre los países del Tercer Mundo y las democracias desarrolladas. En opinión de la autora de este artículo habría que añadir otra a esta larga lista, una que está en el origen de todas las demás: una crisis de valores que no ha surgido recientemente sino que se ha estado incubando hasta ahora y su florecimiento ha desembocado en la crisis económica como también en una ola de xenofobia, racismo y muy poco respeto con los Derechos Humanos en todo el mundo donde Europa no es la excepción.

El Tratado de Lisboa recoge los valores fundamentales de la Unión Europea: la dignidad de la persona, la libertad, la democracia, la igualdad, el respeto de los Derechos Humanos y el Estado de derecho, destinados a crear una Europa de los ciudadanos como también una identidad de la Unión Europea universal. Son valores comunes de todos los Estados miembros y condición necesaria e imprescindible para el acceso de nuevo países.

En los últimos años, se ha producido un cortocircuito entre el discurso de los políticos europeos y sus acciones, que ha determinado un estado de confusión entre la ciudadanía europea. Por un lado, se manifiesta abiertamente el apoyo para mejorar la aplicación de estos valores hasta el punto de que la Unión Europea se ha convertido en su promotor global pero, por otro lado, algunos de los estados miembros son los primeros en quebrantarlos. Múltiples ejemplos respaldan esta afirmación, ejemplos relacionados con las acciones gubernamentales francesas contra los ciudadanos romaníes procedentes sobre todo de Rumanía y Bulgaria (generando un conflicto con la Comisaria de Justicia de la UE, Viviane Reding, a punto de iniciar el procedimiento de *infringement*), con las políticas migratorias italianas, pero también el cambio de modelo en los estados del norte de Europa, hasta el momento un verdadero





09 de mayo de 2011

Loredana Stan

Asistente de investigación
Instituto Ramón Rubial



ejemplo por sus políticas de integración. El mensaje subliminal que se está transmitiendo es que la diferencia entre “nosotros” y “ellos” no ha sido bien superada y que nos queda mucho camino por recorrer en el proceso de integración.

Se puede simbolizar la construcción de la identidad Europea como una mezcla de tres ingredientes: **sentir, hacer y decir** (Schimdt: 2010). El sentir hace referencia al sentimiento de pertenencia del que hablábamos antes, pertenencia a un grupo con unos valores, una cultura y una etnicidad común, el hacer se refiere a la participación activa en el proceso de toma de decisiones, mientras que el decir está relacionado con la creación de un determinado discurso en los Estados miembros, que pueda convertirse en una parte del proceso deliberativo en la esfera pública, en el cual la generación, la comunicación y la contestación de estas narrativas contribuyan de igual manera a la construcción de la identidad (Schimdt: 2010: 9). En el caso del proceso de construcción de la identidad europea, podríamos decir que el ingrediente “sentimientos” engloba la serie de valores mencionadas anteriormente y mayoritariamente aceptadas por los ciudadanos europeos. Ahora bien, si la existencia de estos valores tan generales y su aceptación mayoritaria es una condición suficiente o no constituye otro debate en el cual no entraremos. Por lo que se refiere a la participación activa, la Unión Europea ha puesto bastante empeño en incentivar la implicación de los ciudadanos europeos en el proceso de toma de decisiones: el progresivo empoderamiento del Parlamento Europeo, como única institución europea directamente elegida, la introducción de la iniciativa legislativa popular, o un número significativo de proyectos piloto y acciones para fomentar el asociacionismo tanto a nivel de Estados miembros como a nivel comunitario, etc. Finalmente, la creación del discurso (el decir) es el ingrediente que echamos en falta en nuestra mezcla de ingredientes. Aún cuando existe un acuerdo general sobre el hecho de que la construcción de una identidad europea es más bien elitista, los discursos nacionales relacionados con la Unión Europea han sido siempre más circunstanciales que constantes. De esta manera, nos encontramos, por una parte, con tres grandes formas de relacionarse con la UE: la primera, de los ciudadanos, la segunda de los gobiernos nacionales y la tercera, la de la misma UE. Formas que no siempre convergen en el mismo objetivo. Por otra parte, presenciamos dos dinámicas: *bottom-up* y *top-down*, que muchas veces están enfrentadas.

Todas estas fuerzas implicadas en el proceso de formación de la identidad europea a las que adjuntamos la recesión económica, llevan a la UE en un cruce de caminos y transforma el actual contexto en una oportunidad importante para que la Unión Europea esté más presente en las estructuras nacionales.





09 de mayo de 2011

Loredana Stan

Asistente de investigación
Instituto Ramón Rubial



El caso de Rumanía

Rumanía entra en la Unión Europea en el año 2007, junto con Bulgaria, en la última ola de ampliación. A tres años de la entrada en el espacio comunitario, se podría decir que los rumanos son los “ciudadanos más europeos” ya que en el año 2009 alrededor de 2 millones de ciudadanos rumanos vivían en otro estado de la UE siendo superados solo por Turquía, un estado no-europeo, con 2,4 millones. Rumanía representa la primera fuente más importante de migración intra comunitaria, seguida por Italia con 1,2 millones, Polonia, Portugal y el Reino Unido con 900.000 personas cada una (Migration News: 2010). Esto demuestra que los rumanos ven la integración en la Unión Europea como una puerta abierta para viajar y trabajar libremente en el espacio comunitario. Es un discurso pragmático que instrumentaliza el papel de la Unión, considerándola como una entidad que soluciona los problemas de las fronteras y que asegura el mercado común y la seguridad regional. Además de en los países del Este y Centroeuropeos, este discurso es también característico para el Reino Unido y los países escandinavos.

Del pragmatismo que caracteriza a los rumanos podríamos hacer responsable el hecho de que a cuatro años de su entrada en la UE, el 72% de los ciudadanos rumanos no conocen cuáles son sus derechos y responsabilidades como ciudadanos comunitarios y que el 71% de ellos ni siquiera conocen las instituciones europeas. La situación es como mínimo paradójica. ¿Cómo pueden los rumanos ser al mismo tiempo los ciudadanos más europeos de la Unión si no tienen ni idea sobre lo que eso implica? Esto se podría explicar a través de la apatía cívica en la que están inmersos y en sus valores contradictorios, ya que el 78% de ellos no se implican en los proyectos de su comunidad.

La construcción de discurso a nivel nacional sobre los rumanos como ciudadanos europeos está viciada por la relación entre los ciudadanos rumanos de a pie y sus representantes políticos, los responsables de generar este discurso. Es una relación agitada generada por la corrupción de alto nivel, la desconfianza mutua y las consecuencias de la crisis económica. La falta de una transparencia y de accountability ha acarreado una falta de civismo y de cultura política, ya que Rumanía es uno de los países europeos con porcentajes más bajos en participación política (entendida a grosso modo como proceso electoral), pero especialmente en voluntariado tomándolo como un espejo de la participación de la sociedad civil. Siguiendo esta línea, ya que este año es el Año Europeo del Voluntariado, según un Informe de la Agencia Ejecutiva de Educación, Medios Audio Visuales y Cultura (EAC-EA), el porcentaje medio, de la participación en voluntariado en la UE es del 23%, de los cuales el 75% tienen menos de 34 años. Sin embargo, las diferencias entre los Estados miembros son importantes. En Rumania, el informe calcula un porcentaje de entre el 10 y el 20% de participación, especialmente en organizaciones ligadas a la





09 de mayo de 2011

Loredana Stan

Asistente de investigación
Instituto Ramón Rubial



Iglesia. Otro informe, en esta ocasión de la Agencia Nacional de Juventud de Rumania, baraja un porcentaje de sólo el 7%. La explicación de este comportamiento se fundamentaría básicamente en dos argumentos: las reminiscencias comunistas y el bajo impacto del voluntariado en la agenda pública rumana.

Los bajos niveles de participación en voluntariado que registran los rumanos es otra prueba de su no hacer, no sólo a nivel europeo, sino también a nivel nacional. La crisis económica no hace más que convertirse en un valor añadido a la falta de participación ciudadana.

Rumanía es uno de los Estados miembros de la UE más afectados por la recesión económica. Esto determina un aumento del desencanto con sus representantes y una ruptura total entre los dos, cuya consecuencia es el aumento de la apatía social y política y la escasa participación, sea ella política o cívica.

Los problemas económicos suelen atraer todos los focos de atención y menospreciar el proceso de construcción de identidades y los códigos de valores, considerándolos demasiado simbólicos para nuestras pragmáticas vidas. Sin embargo, la gran paradoja que nos envuelve es que, pese a todo, somos seres sociales, animales políticos como decía Aristóteles, y sentimos la necesidad de pertenecer a un grupo, de identificarnos con algo. En función de esos valores, tomamos decisiones y actuamos tanto a nivel micro, como a nivel macro.

La intención de esta breve intervención es poner sobre la mesa algunas cuestiones relacionadas con la identidad Europea en general, en el contexto de la crisis económica en particular, con una breve divagación sobre el caso de Rumania, que puedan hacer reflexionar.

*Versión en inglés presentada previamente en la Convención “Romania – “A Continued Reform”, organizada por la Asociación Law & Leadership y la Universidad de Craiova, Rumania, el 5 de marzo de 2011

